

Prohibida la reproducción de los relatos sin la debida autorización del autor. Todos los derechos están reservados. Los cuentos aquí incluidos pertenecen a su obra Legiones de la Noche y/o Ejércitos de la Noche

Casi un ángel

Ernesto nunca tuvo una clara idea de cómo había empezado aquello.

Si fue con sus cinco años cumplidos, corriendo del comedor al patio, y su pequeña cara yendo a rebotar contra los redondos y formidables glúteos, o aquella tarde de tórrido verano cuando en un abrazo sintió toda la turgencia de los senos bajo la delgada blusa violeta.

Desde pequeño, Ernesto sintió una pasión incestuosa por su tía Laura, una de esas tías políticas a quien las costumbres familiares habían congelado en ese grado de parentesco. Sin que pudiera constatarse la veracidad del mismo, ya que el parentesco respondía sólo a un modo de organizar el odio y las envidias recíprocas. Como en toda familia, se sabe.

Por aquellos tiempos felices esperaba con anhelo disfrutar de las reuniones familiares, mas que nada porque ella estaría presente, y su sola figura le dibujaría una música vibrante sobre su piel infantil, música que con el transcurso de las horas se reproduciría bajo las sábanas en la penumbra y la soledad de su cuarto.

Muchos años después, al atravesar la puerta maciza de roble de la vieja casona de estilo inglés, donde acudía sin invitación previa, se preguntaba sobre sus ambivalentes sentimientos. Las cinco de la tarde eran el horario convenido sin que mediaran las palabras, para un rito sabático que se venía repitiendo desde sus diecisiete, y que continuaba aún a los veinticinco. No porque estuviera tan enamorado como en aquellas viejas épocas, sino porque en el fondo quería demostrarle a ella, que su profecía no se había cumplido con él. Creía que siempre habría de ser un hombre de palabra. "Al final, todos los hombres terminan marchándose ", le había escuchado decir una vez; y él, que en silencio había juramentado ser el primero que rompería esa tradición de traiciones y desencuentros con los hombres.

Ella, dentro de sí, apenas percibía esos sentimientos, con su aire entre serio y dulzón de mujer madura y aún interesante, que había sobrevivido a los naufragios y tempestades de la vida amorosa; acostumbrada como estaba a reprimir sus calores y sus pensamientos.

Guardaba un oscuro silencio indescifrable, que se quebraba cuando sonreía y sus maduras facciones se suavizaban dejando a la vista un rostro casi angelical. Uno de los mayores placeres de Ernesto era recorrer la prolija galería de fotografías de Laura, desplegada sobre la repisa de la chimenea, en la vasta casona. Allí se alineaban metódicamente sus recuerdos, los buenos y los malos, primero los de la escuela secundaria, luego las imágenes del viaje a Europa a los veinte años, una foto con André, y por último, algunas tomadas varios años después de la partida de éste.

Nunca dejaba de maravillarse de la fresca belleza juvenil, impresa en el papel desteñido por el tiempo, del encanto de su rostro, y de su esbelta figura como esculpida, que sólo André habría poseído mucho tiempo atrás. Todas aquellas imágenes, hacían que Ernesto ocasionalmente fantaseara con la idea de haberla conocido y amado en su juventud. Por supuesto que guardaba de ella una imagen absolutamente idealizada, llegando hasta el absurdo extremo de imaginarse, como cree todo enamorado, que ella ni siquiera iba al baño como la mayoría de los mortales. En algún momento de su vida, comprendió que la tenía elevada a la categoría de un ángel.

Pero él, aún no había descubierto que los demonios, antes de ser lo que eran, primero habrían sido ángeles.

Una tarde, ella abrió la puerta para recibirlo con su sonrisa de siempre, el abrazo corto y cálido, el dulce beso en la mejilla al que Ernesto se entregaba sin resistencias, casi temblando como un chico, porque imaginaba que abrazaba a esa muchacha nivea de las fotos; acudiendo así a un encuentro imposible, que el paso del tiempo distanciaba cada vez más. Alguna vez, hasta llegó a percibir, que aquel delicado cuerpo femenino sufría una pequeña vibración en cada abrazo, como si el contacto con un hombre le produjera una conmoción íntima, o se reavivara inesperadamente el ardor de pretéritas épocas felices.

Era una idea que Ernesto alimentaba, idea un tanto improbable de constatar, porque Laura reservaba para sí un pequeño territorio de privacidad, al que nadie tendría acceso. Como esa puerta del sótano, que nunca le invitó a franquear, y de la cual sólo ella conocería la llave.

Después del abrazo y del consabido beso, venía el agradecimiento puesto en palabras, por seguir acordándose de ella, y regresar cada sábado para hacerle compañía. Y él, asintiendo con la cabeza y dibujando apenas una sonrisa, casi con vergüenza, como si temiera que ella pudiera, a esa altura de las circunstancias, descubrir sus furtivos sentimientos. Aquella mujer, no obstante, parecía tratar de penetrarlo con

esa mirada enigmática y simultáneamente seductora. Luego, el té acompañado con las masas secas, el inicio de una charla banal en los sillones del jardín de invierno, mirando las plantas a través de los vidrios, y qué florecidas están todas, claro, con la dedicación que té le pones, Laura.

Otras veces, la conversación giraba en torno a comentar con lujo de detalles el crimen de la semana; pasión que compartían con intensidad. Pero ineludiblemente, también solían caer en lugares vulgares, y vulgar para ellos quería decir relativo a la familia, y a las relaciones de pareja; y el francesito era uno de esos tantos temas.

André había llegado a la Argentina treinta años atrás, traído para trabajar por una empresa multinacional. Conoció a Laura en una fiesta que organizó Julia, una amiga de ambos, luego se enamoraron y vivieron un corto romance, hasta que André partió, llevándose a París los sueños de ella; engañándola innecesariamente con la idea de que volvería tan pronto como terminaran sus obligaciones. Éstas, le llevaron casi quince años, y era un tiempo demasiado extenso para que Laura mantuviera intactas sus esperanzas.

A partir de una mentira, Laura aprendió a mirar la vida a través de un cristal, empañado por una luz ligeramente crepuscular. En su bello rostro, aparecieron algunas pinceladas de tristeza incalculable. Una de esas tardes de sábado, mientras traía una bandeja con una ronda de té, ella le confesó a Ernesto que había estado esperando como Penélope. Y él, mientras ayudaba a colocar la bandeja sobre la mesita, le contestó casi riéndose: "Yo nunca te vi tejer, Laura, nunca."

-Desde muy pequeña tengo buen manejo de las agujas -replicó ella-, ya un día voy a mostrarte todos mis tejidos.- Luego se miró por un momento las manos, pensativamente, como sopesando el alcance de aquellas palabras enigmáticas que había pronunciado.

Ernesto no insistió.

Ella regresó al presente, y bruscamente le confesó que le dejaría la casa por herencia. Y aquél, más que turbado por esa declaración elocuente e inesperada, le replicó que jamás podría acostumbrarse a su ausencia. Luego, no hablaron más del sombrío tema, y ella postergó mostrarle sus tejidos.

Durante la siguiente visita, y en medio de un hueco silencio, Ernesto le recordó su promesa de revelarle aquellas habilidades desconocidas.

Ella se levantó con decisión, fue hacia la pared y sacó un zócalo flojo de un rincón, de donde extrajo una llave herrumbrada.

-Acompáñame, te los voy a mostrar.

Él la siguió con interés a lo largo del pasillo, hasta que quedaron frente a la puerta del sótano, un sitio de la casa al que nunca había entrado, y cuyas profundidades por entonces ignoraba. En ese instante, Ernesto percibió que en el rostro de ella empezaba a producirse un cambio de cierta magnitud. De la pasividad ahora giraba hacia una mueca torcida de odio.

Laura abrió por fin la pesada puerta del subsuelo, desde donde los fantasmas ascendieron bajo la forma de un denso e indefinible vaho.

Bajaron. Bajaron casi a tientas, y apoyándose uno al otro, porque la luz se encendía desde su interior.

A medida que descendían, de Ernesto se fue apoderando un temor creciente. Percibió otros cambios, como aquella voz cristalina, que de la dulzura había transfigurado hacia una tenebrosa gravedad, y la respiración sosegada que ahora se alteraba. Él le preguntó con voz trémula, endurecido por un miedo premonitorio, qué sorpresa le tenía reservada. Y ella, con una risa casi entrecortada, adosaba en voz baja una especie de ritornello: "Penélope teje y teje", y a medida que descendían mayor era la intriga, y más larga la dilatación del tiempo en la silenciosa penumbra.

Luego, percibió la silueta de Laura distanciarse hasta el rincón más oscuro y profundo del pozo húmedo y sombrío; donde todo estaba preñado de ese olor rancio que todavía no lograba descifrar.

Hasta que la luz de la única bombilla le estalló frente a los ojos encegueciéndolo, para luego recuperar lenta y gradualmente la visión, y asombrarse con las imágenes mutiladas de tres cuerpos inconfundiblemente rígidos. André, su esposa y Julia, con agujas de tejer clavadas en las órbitas de sus ojos reseco, sus labios y sus manos cosidas con gruesas lanas, y un número infinito de agujas, atravesando por todas partes los cuerpos resumidos por el paso del tiempo; y deformados en un último gesto congelado de espanto.

Así, descubrió el origen de aquel insoportable olor, y su cuerpo, en el espacio de un solo minuto, quedó rígidamente inmóvil, hasta que las violentas contracciones estallaron en la boca de su estómago, anunciando el vómito inmediato. Luego

tembló, y girando violentamente se echó a correr hacia arriba, trastabillando en las escaleras, casi cayéndose, y Laura siguiéndolo detrás con su sádica risa, para él entremezclada con el aroma denso, las imágenes de los cuerpos impregnadas a sus retinas; y ese demoníaco Penélope teje y teje en sus oídos, con las manos clausurando la boca, obstruyendo el vertiginoso vómito.

Hasta que por fin, alcanzó el salón, la luz clara y el aire respirable que provenía del jardín, escapando de aquel ser monstruoso, de un escenario coagulado. Víctima de su propio espanto echó por sobre su hombro una última mirada a la repisa, donde aún fulguraban las fotos de quien en otros tiempos para él, habría sido un ángel, o casi.

Enesto no volvería a pisar la casa de Laura, tal vez dominado por el primitivo terror de convertirse en una víctima, al igual que los otros. Transcurrido el tiempo, la voz de ella parecía llegarle a los oídos desde la distancia, como una pesadilla inquietante. Él, igualmente conservaría el espeluznante secreto por el resto de su vida.

Dos años más tarde recibió con pesadumbre la noticia de la muerte de Laura. No le perdonaba haberle revelado su macabro secreto, porque pensaba que podía haber vivido perfectamente en la ignorancia, como había estado sumido felizmente por muchos años.

Empero, tras esa súbita partida, una sensación de intenso vacío lo acompañó la más de las veces, agravándose hacia la tarde de los sábados. Posteriormente, cuando recibió la notificación de la herencia, aún no había decidido el destino que le daría a la casa. Porque primero, debía resolver acerca de lo que allí se ocultaba, y no deseaba dañar inútilmente la memoria de Laura, revelando al mundo sus pasados y horrorosos crímenes.

Lo más probable era que, donde se hallaba la puerta del sótano levantara una pared de concreto, o simplemente incendiara la vivienda para que el fuego borrara todo rastro del cruento episodio.

Finalmente, se decidió por la primera alternativa. A partir de entonces, algunos sábados a eso de las cinco de la tarde, recorre la soledad de la casa con sus pasos. Mientras una dulce mirada le llega desde una foto apoyada sobre la repisa, una risa lejana y entrecortada resuena en sus oídos.

Como surgida de las profundidades sombrías del sótano tapiado.

Ochopatas

Sabía perfectamente que en cualquier momento cometería el descuido de tropezarse con su mortífera presencia.

Con ese silencio sosegado y traicionero, al acecho en algún recoveco oscuro y húmedo de la vasta vivienda.

La sola idea lo hizo temblar a lo largo de todo su cuerpo, aterrado, sin vislumbrar otra posibilidad más que esa. Y seguramente ya no podría dominar su ciego impulso, se echaría a gritar de espanto como único recurso de una víctima, con todo el horror del que era capaz a través de su voz desgajada.

Aconteció extrañamente. En el asombro de no poder precisar si él habría ido a buscar al animal o si ya estaba en ese lugar, con sorprendente ferocidad, independiente y silencioso, con su salvaje cola erguida, exhibiendo el ponzoñoso aguijón como un arma letal, dentro de la estrecha cavidad de la caja.

Pensó que el escorpión no mataría, sino cuando hallara obstaculizado su camino, o si se viera amenazado por otro espécimen mayor como podía ser sencillamente un hombre. Lo sustancial entonces, no era la hipótesis de su enigmática llegada sino su callada e invisible silueta, al acecho en ese territorio que le era del todo ajeno. El terror se situaba ahí, en la intrínseca posibilidad de encontrarse con él en la soledad y la oscuridad nocturna.

De eso se trataba. Sí, de medir la rápida reacción del animal exponiendo su propia carne y sentir -con los párpados abiertos en la sombra incierta-, el espeluznante aguijón clavándose certero en su piel. Para responderle después con un odio sutil, que se aplacaría sólo cuando su talón lo aplastara contra el piso, produciendo un sonido crujiente. Estaba dispuesto a experimentar esas sensaciones exponiéndose enteramente con su cuerpo, jugando con sus propias macabras invenciones.

Por otra parte, al acercarse para acariciar la áspera y rugosa caja de cartón presintió que la realidad retrocedía inexorablemente, cediendo paso ante aquel juego que se iniciaba, que era poner todo el espanto callado del que es capaz un hombre frente a eso que lo mira casi sin ojos y lo atraviesa como un fantasma helado.

Porque el arácnido irrumpe siempre, salvajemente, aunque no se lo vea, aunque apenas se sienta su fría proximidad, y a pesar de no haber salido nunca de su celda gris cerrada y compacta. Esa era la razón de su profundo misterio, de ser una figura

cruenta y solapada aún estando en completo cautiverio. Ahora, sin comprender por qué se estaría conjurando todo el miedo frente al exótico cuerpo de unos veinte centímetros o menos, de un color amarillo gelatinoso, casi transparente como un cadáver, que recorría su caja de un extremo al otro y que no cesaba de caminar.

Él, estaba esperando la oportunidad de observarlo más de cerca, en toda su plenitud bestial y terrorífica, de raro ejemplar del desierto africano; capaz de producir la muerte de un perro en escasos siete segundos, la de un hombre en un contado rato. Se quedaría frente a la caja por un largo rato, mirándola en forma insistente, sintiendo que algo tendría en común con ese ser. Para terminar seducido por su hedor encarnizado, mezcla rancia de olores que reinaba en las proximidades; hasta el punto de creer en la supersticiosa posibilidad de haber sido un alacrán durante una existencia anterior.

El animal a su vez se hallaba subyugado por aquel olor humano persistente que le llegaba atravesando las paredes de cartón.

Por la noche, (siempre por las noches acontecen las manías, las locuras y los ritos), antes de dormirse se quedaría gozando con el rasguño estremecedor y escalofriante de las patas contra las paredes de la estrecha celda. El artrópodo estaba furioso y caminaba inquieto en su rectángulo estrecho. Y el posterior suspenso de su silencio fue más atemorizante que sus movimientos, porque resultaba imposible saber qué significaría el silencio en su lenguaje mortífero de insecto que se desliza para atacar.

A la mañana abrió la caja con absoluta conciencia de sus actos, sin esperar nada ni ver nada tampoco se marchó como si hubiese dejado un pájaro en libertad. A su regreso durante el anochecer encendió las luces y fue directamente hacia la caja donde el escorpión ya no estaba. Experimentando una especie de vibración eléctrica que le recorría todo el cuerpo. Insistentemente y con la debida precaución se dedicó a buscarlo alrededor, debajo de los muebles, por los recovecos de toda la casa; era muy habilidoso para escurrirse.

Más tarde desistió de toda búsqueda infructífera. Los días siguientes transcurrirían sin que ambos se cruzaran. En vano, imaginándose que un día se lo toparía en algún corredor, o cuando el escorpión se deslizara silencioso sobre la alfombra de alguna habitación vacía.

Por fin, una noche escuchó su caminar y decidió la tentativa de apresararlo. Levantándose de un salto y con pasos sigilosos de ladrón salió del dormitorio en penumbras. Se arrastró por

el piso crujiente, centímetro a centímetro, como otro animal más sumido en completa oscuridad, se deslizó al encuentro de eso que había irrumpido para quebrar la monótona quietud de la casa.

Que ahora estaría inmerso en la densa sombra, dueño completo de la noche y de sus actos. Tras una insistente espera, sorpresivamente encendió la luz del salón comedor para encontrarse con la más compacta nada. A esa altura, ochopatas, como lo había bautizado, era una presencia invisible y silenciosa, un terror sordo que no arriesgaba a exhibirse. Empezó a preocuparse por estar a la deriva y a merced de su veneno imperioso.

Finalmente, transcurridas varias semanas se estaba convenciendo de que había sido un sueño. Algo acontecido en algún universo paralelo pero no en éste. Una maldición llegada desde la negrura de la noche desconocida, que habría partido tal como había venido.

Se acostó, absorbo en tales pensamientos y confortablemente relajado, oyendo su propia respiración sosegada y a punto de dormirse, cuando su pie rozó un cuerpo frío entre las sábanas. Hizo un movimiento rápido tratando de precisar si algo habría en su cama, que no fuera su fecunda imaginación jugándole una mala pasada.

En medio de un silencio habitado por la locura, un dolor agudo e irritante se instaló atenazándole la pierna. En ese segundo supuso que soñaba, como tantas veces soñara cosas absurdas, pero con el corazón batiendo con desbocada violencia. Vencido por su callado pavor sintió los labios que le temblaban y pensó que si aquello era cierto, apenas le restarían unos segundos de vida, un minuto a lo sumo.

Trató de bajarse del lecho con urgencia pero no pudo, su pierna derecha se puso totalmente tiesa, imposible de mover. Su gesto quedó trunco cuando quiso alcanzar el teléfono, porque un violento espasmo abdominal estallaba tras un mareo nauseoso y le mostraba la irrefutable cara de la muerte. En un agónico movimiento sobrehumano tiró las sábanas que lo cubrían para ver a su fantasmal ejecutor, que ante la aparición de la luz se sintió agredido y atacó con saña renovada.

Luego no vio más.

Una inexplicable bruma gris se asentó en su propio territorio. Sintió que flotaba sin peso sobre una extensa nube, y ya sin sensaciones de ninguna clase. No obstante, siguió creyendo que se trataba de un sueño y se quedó esperando el momento del despertar.

Esperó.

Y esperó.

Pero ya no vendría.

Nunca más vendría para él.